



19 julio de 2007  
Francisco Suárez Moreno

Sr. Alcalde en funciones y miembros de la Corporación Municipal.  
Queridos vecinos de La Playa de La Aldea y del pueblo, amigos y amigas:

*BUENAS NOCHES.*

*En primer lugar gracias a la Comisión por invitarme a estar hoy aquí, a lo que responderé con sumo agrado y poniendo todo el afecto y saber en este pregón de la Fiesta del Carmen de 2007.*

Los pregones actuales no sólo hacen referencia la dimensión lúdica de cada Fiesta, sino que suelen recuperar aspectos de la memoria colectiva, vivencias comunes y muchas veces parte de la historia...

Empezamos por la advocación a la Virgen del Carmen, que ha ido evolucionando a lo largo de los siglos, primero sustituyó al culto de las ánimas y luego a san Telmo, el antiguo patrón de los marineros.

En La Aldea de San Nicolás fue una celebración notable, en el mes de julio, tras las fiestas de san Juan y san Pedro, centenarias también en sus respectivos barrios de Tasarte y El Hoyo. Era la copatrona del municipio tras San Nicolás de Tolentino, hasta que a principios de los años sesenta del siglo pasado, se consolidó como la patrona de La Playa.

Y continuamos con la historia de este litoral y mar que lo baña.

La Aldea de San Nicolás no sería lo que es hoy si no fuera por la mar y sus caminos abiertos sobre el alisio y su oleaje desde donde, bolineando, frágiles embarcaciones de vela llevaban nuestros productos a los mercados y de allí nos traían las necesidades básicas que no podíamos generar en este aislado valle. Estas aguas saladas, casi siempre rizadas con mil banderillas blancas como el hoy ventoso 19 de julio, fueron vitales para una tierra incomunicada como la nuestra.

Los documentos históricos más antiguos de Canarias nos dicen que a lo largo de los siglos XVII y XVIII las líneas de cabotaje mantenían enlaces comerciales regulares entre los puertos naturales del oeste de Gran Canaria (Sardina, El Juncal, Las Nieves, La Aldea, Tasarte...) y, a su vez, los conectaban con el puerto de Santa Cruz de Tenerife.

Esta línea de cabotaje insular se cubría con veleros de dos palos (tipos

pailebot y balandra) que en pocas horas cruzaban la mar, tras superar la mayoría de las veces la fuerza del viento en contra, al mando de patrones intrépidos, con marineros experimentados, sin otra referencia que los puntos de la costa, El Teide, las puntas de Sardina, de La Aldea y el Descojonado, el sol o las estrellas.

Todos los productos que sobraban del consumo local fueran agrícolas (millo, papas, frutos...), fueran pecuarios (cabras, reses vacunas para sacrificar en los mataderos, afamados quesos duros...), fueran de los montes (leña, vigas, carbón, brea, resina...), se embarcaban por el gran puerto natural de esta zona, El Perchel (nombre que significa lugar de amarre de los barcos), que aún conocemos como El Puerto. Entre éste y La Punta de La Aldea se forma una ensenada resguardada ante los vientos alisios, que los viejos marineros llamaban *El Soco*, con unas plataformas de abrasión marina, llamadas “tableros”, con sus caletones y verilillos, que hacían de muelles naturales.

Poco más arriba de El Puerto se halla la Degollada de Las Conchas, que servía como una atalaya de vigilancia en contacto visual permanente con la gran atalaya de barlovento, la montaña de Gáldar, para alertar de la presencia de la gente temible de la mar: los piratas y corsarios. Porque nuestro litoral fue el punto frágil de la defensa militar de unas islas amenazadas desde el mar, por eso los primeros pueblos surgieron kilómetros adentro.

A principios del siglo XVIII se proyectó la construcción de un castillo en la playa de La Aldea y, cada una de nuestras familias estaba obligada a mantener retenes de vigilancia en la costa, desde La Aldea hasta Veneguera.

Aún quedan testigos naturales de aquellos puntos de observación, como La Atalayilla, en El Roque; la mencionada degollada de Las Conchas, etc.; desde los cuales alertaron varias veces a la población y a las milicias locales de aquel peligro latente, como sucedió en 1743, cuando rechazaron a fuego de fusil, desde los tarajales de Las Manchas de El Charco, a una oleada de marinos ingleses que pretendían desembarcar, en un momento de guerra con aquella nación.



Imagen reciente de un velero tomada desde los tarajales del Charco, que recuerda el lugar donde, escondidos tras sus ramas los milicianos de la Aldea, rechazaron a punta de fusil un desembarco de corsarios ingleses en 1743

\* \* \*

Con el siglo XIX, los años de 1801 a 1900, llega otra época, de más tranquilidad y con un nuevo modelo económico y político, el liberalismo, que trae consigo la célebre ley del Puerto Franco, aprobada en 1852, que permitió la libre entrada y salida de productos por los principales puertos sin pago de impuestos.

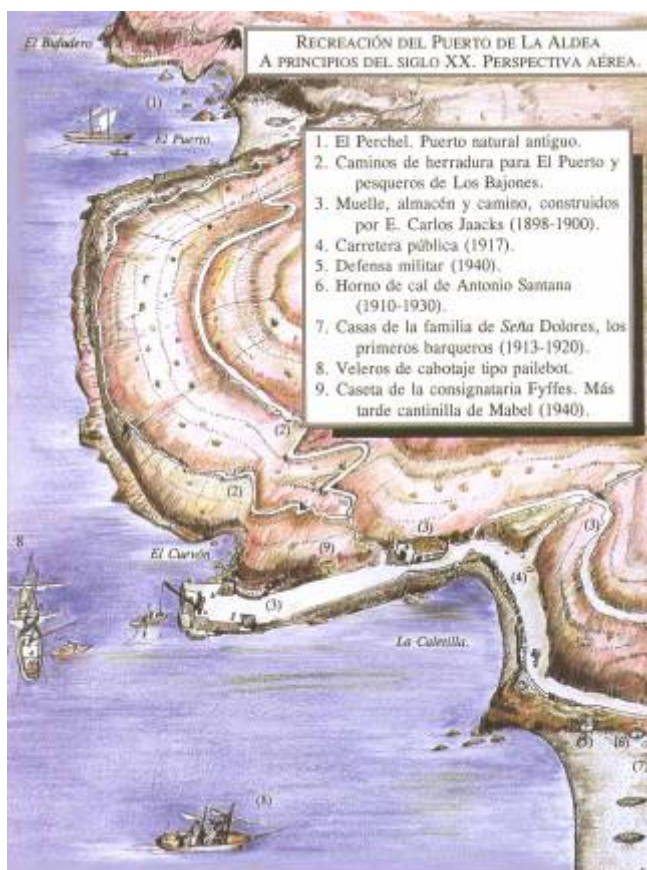
Ello originó un mayor dinamismo de las actividades portuarias y de la pesca. Y permitió que se desarrollara la agricultura de exportación, primero la cochinilla, luego la caña dulce y por los último los tomates y los plátanos. De lo cual se beneficiaron las zonas costeras, tanto en el sector agrícola como el marinero.

Entre finales del siglo XIX y principios del XX, la carencia de carreteras puso en alza la tradicional ruta de cabotaje insular. A los viejos veleros se unió la nueva generación de motoveleros y vapores.

En los puertos naturales históricos de Sardina, Las Nieves y La Aldea se construyeron muelles para embarcar las nuevas producciones de tomates y

plátanos.

Esta franja costera dependía del departamento marítimo de Gáldar, con 347 marineros de cabotaje y pescadores, censados en 1864, de los que 11 tenían domicilio en La Aldea; 147, en Las Nieves; 166, en Sardina; 3 en Mogán y el resto repartidos en otros municipios cercanos. Pero la Playa y La Marciega aún permanecían totalmente despobladas.



Recreación de La Playa de La Aldea a principios del siglo XX. (Dibujo F. Suárez M.)

Después de 1920 se produjo la gran expansión de la flota del cabotaje canario debido a la recuperación económica que se experimentó después de la finalización de la Primera Guerra Mundial. Junto a las grandes compañías inglesas surgieron pequeñas navieras canarias, que se encargaron de enlazar los pequeños puertos y embarcaderos con los de la capital e incluso con los de la costa occidental africana. Una de aquellas empresas fue la de los Trujillo Álamo, naturales de Agaete. Componían su flota varios veleros y vapores tan conocidos por nuestros padres y abuelos.

El puerto de La Aldea creció rápidamente, sobre todo a principios del

XX, cuando se introduce el cultivo y empaquetado de los tomates. Hacia 1900 se mejoró su infraestructura portuaria con la construcción del muelle-embarcadero, la caseta verde de consignataria y el almacén de fruta. Y al poco tiempo se establece la primera familia de pescadores profesionales, procedente de Agaete, y otras familias más en Los Caserones y desde El Roque a La Marciega, como ya detallaré más adelante.

El transporte marítimo de pasajeros mejoró, entre los años 20 y 30, con un servicio rápido de falúas a motor, en muchos casos diarios y de trayectos cortos de ida y vuelta. Ponemos como ejemplo la línea que cubría el trayecto de Mogán a Las Nieves, pasando por el puerto de La Aldea y otros intermedios, cubierta por la falúa a motor de Celestino Afonso (un tasartero establecido en la playa de Mogán). Tras el golpe militar de 18 de julio de 1936, esta embarcación fue requisada por las autoridades republicanas y en ella intentaron evadirse el delegado gubernativo Fernando Egea y otros, episodio en el que se vieron envueltos dos marineros de La Aldea, los dos hermanos Ramos Sánchez, los inolvidables Juan María y Francisco, conocido por *Marrero*.

Todas estas líneas marítimas en relación con su espacio interior generaron, sobre todo en los años treinta, una amplia oferta laboral de marineros, mecánicos, camioneros y alguna cantina en el muelle.

A esta demanda de trabajo se unió, sobre todo en los años 20 y 30, la zafra del bonito y atún. En las playas de Mogán, Tauro y Arguineguín, zona de las calmas, se establecieron factorías de salazón de pescado, que en su temporada atraía a gentes de todo nuestro litoral. Muchas familias acumularon importantes ahorros de "la pesca de la albacora", que invirtieron en la construcción de viviendas, algunas de las cuales aún subsisten, con interesantes fachadas decoradas con motivos del mar, como la casa de la familia marinera de los Miranda, en Los Espinos (Dr. Fleming, 120) hoy de Félix Valencia.

Ya quedan menos personas que recuerden aquellos incesantes trajines en nuestro histórico muelle (que debe ser un bien de interés cultural): los embarques de tomates, de todo tipo de ganado, incluido el vacuno, de pasajeros, de garrafones de ron de El Alambique, de sacos de carbón, de ceretos de tomates etc.; el desembarque de pasajeros y recibimientos afectuosos, de la cal de Fuerteventura y productos de construcción, de motores

y camionetas pesadas y mercancías; idas y venidas de arrieros con sus mulas y camellos, de las primeras camionetas... Un cliché que las nuevas generaciones no se imaginan de nuestro puerto, en las décadas de 1920 a 1940. A lo que se une la actividad de los primeros pozos con potentes motores para elevar agua o la misma fábrica de ron El Alambique de los Quevedo y Federico Pérez.

Muelle de La Aldea  
hacia 1934,  
aproximadamente



Llegaron los años cuarenta, los difíciles de la posguerra y del hambre, con la suspensión de las exportaciones de tomates. El puerto de La Aldea se paralizó. La apertura de la carretera comenzó a generar la lógica competencia. Los vapores dejaron de venir, sólo algún velero o las gabarras accionadas por el remolcador *Gran Canaria* de la compañía Miller alargaron por poco tiempo la vida portuaria.

A principios de aquella década se construyeron en La Playa unas fortificaciones militares, que aún subsisten, controladas por un destacamento de soldados, ante la amenaza de una invasión de los aliados, cuyo puesto de mando estaba en la casa vieja de Los Caserones. Se volvieron a utilizar las antiguas y elevadas atalayas de observación, en la degollada de Las Conchas o en El Paso del Marinero, desde donde se detectaba la presencia de submarinos y buques de aquella guerra mundial o se daban las correspondientes novedades a través de un sistema óptico en código Morse. Esas construcciones de defensa militar, los llamados nidos de ametralladoras,

son también parte de la historia de este lugar. No se deben destruir, porque borramos parte de nuestra memoria colectiva. Es más y en eso coincidíamos con el almirante de esta zona marítima en su visita realizada a este puerto hace poco tiempo: también deben ser declarados como bienes de interés cultural.

En el relato histórico que se acerca a los tiempos recientes está el crecimiento de la población a partir de 1950, sobre todo en el área de La Marciega-Los Manantiales. Tiempos de tomateros y caña dulce para el Alambique. Tiempos en que el motor de Pancho Díaz no cesaba, día y noche, de extraer agua del pozo. O el de los Bravo. O todos los demás motorcillos y molinos de viento para los cultivos agrícolas de esta zona, que agotaron por completo el acuífero salinizándolo cada vez más.

Las familias crecieron, llegaron otras y ,por consiguiente, hubo más bocas que alimentar y, como consecuencia de ello, se van instalando pequeñas tiendas de aceite y vinagre, como la de seña Dolores en el Almacén, la de Luis el de Mano Juan o Luis el de La Playa, en la Cueva, o la de Luis Moreno en La Marciega, a las que más tarde se unieron las de Mariquita en Los Caserones, con cantina incluso, el *Bar Atuey*, la tienda de la Vuelta de los de Guayedra o la de Francisco Valencia. A partir de 1960, ya aparecen dos núcleos de población diferenciados: el de la orilla del mar y el de El Lomo de los Caserones, mal llamado *Lomo del Carmen*.

La historia se resume más, en la medida en que nos acercamos a los tiempos actuales, con la escuelita junto al pilar, la llegada del fluido eléctrico; la construcción de las casas de protección oficial, el merendero, el zoológico y las primeras repoblaciones forestales de Rubén y El Chozo; más la oferta de más bares, ya en los setenta y ochenta, hasta la notable mejora de los jardines, la avenida, la construcción de la Cofradía, el nuevo refugio pesquero, los aparcamientos y la peatonalización del núcleo histórico, ahora en los finales del siglo XX y principios del XXI.



Paisajes y gente de La Playa, 1960-1970



Una de las primeras procesiones de la Virgen del Carmen en La Playa, a principios de los años sesenta, organizadas por el cura don José Perera, en la foto.

\* \* \*

Vamos a detenernos en un hecho de esta última etapa histórica, que forma parte del caso por el cual estamos hoy aquí contando retazos de la historia de La Playa y espacios cercanos. Hacia 1961, se crea la Fiesta de la Virgen del Carmen, que hasta ese momento era la copatrona del pueblo; pero, gracias a la iniciativa del sacerdote don José Perera se celebra la primera fiesta de la Virgen del Carmen en La Playa, la Fiesta que hoy pregonamos. Muchos de ustedes recuerdan aquellos primeros embarques de la Virgen, los populosos actos que se celebraban y la cantidad de familias que venía entre los días 16 y 18 de julio a esta playa en aquellas primeras fiestas, fiestas de oro por la convivencia familiar, que se han perdido por la mejora de las comunicaciones y que de alguna forma deberían recuperarse. Varios fotógrafos ambulantes nos han dejado cientos de imágenes de aquellas primeras fiestas de La Playa, cuadros de todas las familias del pueblo que en esos días venían a pasarse un día de playa, cada una en un huequito de El Roque, cuando aún

el mar permitía bañarse bajo el mismo nido de ametralladoras o adentrarse hacia el amontonamiento de rocas, en la Playa de Los Barquillos, en La Caletilla, en el muelle esperando el embarque de la Virgen, etc.

Queridos vecinos y vecinas de La Playa, la historia de este entrañable trozo de geografía local es más amplia de la que les he relatado en este pregón. Dejamos sus aspectos generales y nos centramos, en los nombres propios, imposible de relatarlos a todos, de los primeros marineros, barqueros, mareantes y en las familias que, sin ser de mar, vivieron cerca de ella desde Los Caserones a El Roque y La Marciaga Baja, en las primeras décadas del siglo XX. Hablaremos pues de los viejos mareantes, marineros y pescadores, sus abuelos, bisabuelos y quizás para los más jóvenes tatarabuelos y tatarabuelas.

Araújo, célebre mareante, en Los Caserones.



\* \* \*

A los mareantes de tierra, los recordamos como protagonistas de aquella estampa por carreteras y caminos con sus largas cañas, serón de palma al hombro y alpargatas de esparto. Forman parte de la historia de nuestros mares. Recuerdo a Matiítas, los hermanos Araújo, los Llarena, etc., por citar a mis vecinos mareantes que incluso entraban en la tienda de mis padres a echarse un pisco de ron y contar sus aventuras. Pasaban largos días de pesca y de marisqueo en las playas y pesqueros más lejanos como Pan y Agua, El Cuevón de Cho Frasco, Los Leones, El Paso del Herrero, La Fajana, Las Arenas, Peñón Bermejo, Las Aneas, etc. Fueron muchos y ¿quién no los

ha tenido en su familia?

Estos mareantes del ayer conocían a la perfección qué veriles o qué técnicas de pesca se requerían en cada momento, así como los pasos y veredillas que atravesaban degolladas, andenes y fugas sobre el mar, como *El Paso del Marinero*, *El Paso de Barriga*, *El Paso Nuevo de Tasartico*, *El Paso de Tasarte*, etc., accesos hoy olvidados. Narraban en las tantas tiendas de aceite y vinagre que había carretera arriba, desde La Playa a El Hoyo, a golpe de rones en aquellos singulares vasos cónicos de cristal doble, con la raya encarnada que marcaba el exacto buche, los mil cuentos de la mar, de mantas y pulpos gigantes, de brujas en la orilla de la mar.... y en la medida que el ron hacía su efecto se sobredimensionaban tales aventuras.

Los mareantes habían puesto, generación tras generación, desde varios siglos atrás los mil nombres de los puntos de la costa, topónimos que me han aparecido en documentos escritos de siglos atrás: La Caldera, La Angorrita, la Soga, etcétera, etcétera, y algunos nombres de fatal destino como *El Bajón de Antonio el Ana*, por haberse caído y desaparecido allí el mareante Antonio Díaz, el 11 de febrero de 1901, en presencia de esposa Ana, que venían de marisqueo. Acudió a dar parte al Juzgado el mareante Matías Suárez, de La Rosa, mi bisabuelo, para el cual, como para todos ellos, la mar era parte de su vida, hasta el punto de que cuando, enfermo, dejó de ir a la marea, se ponía en la acequia, con una caña y anzuelo a ver si pescaba algo de lo imposible, hecho considerado por la vecindad como de locura y, en efecto, el amor hacia lo imposible se transforma en la sana locura aquella, la de los viejos mareantes por la mar.

Y a cuántos mareantes y marineros se tragó la mar para siempre. Entre 1808 y 1970 hemos contabilizado aproximadamente unos 35 ahogados o desaparecidos en faenas de marisqueo y pesca de caña, en los 32 kilómetros de nuestra costa, sin contar con lo más trágico: el hundimiento del velero *Esperancilla*, cargado de leñabuena frente a El Descojonado, a mediados del siglo XIX, con varios desaparecidos.

Seña Dolores Arbelo y esposo Cristóbal Martín,  
patriarcas de toda la población marinera de La  
Aldea



\* \* \*

### ¿Quiénes fueron los primeros pescadores profesionales?

Durante todos estos siglos que siguieron a la Conquista de Canarias, en la zona del litoral (La Playa, Los Caserones y La Marciega), no vivía ni un alma, por miedo a lo que podía desembarcar por la costa. La casa más antigua que encontramos de abajo hacia arriba está en Los Majanos-El Albercón, pues todavía subsiste.

Pero había poca gente que dedicaba su tiempo total a la mar. Los primeros barqueros eran labradores que comenzaron, entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX, con los adelantos en la navegación, y las nuevas tecnologías de la pesca de bajío y de fondo, a explotar más intensamente los recursos marinos. Eran labradores de la zona baja del valle. Un refrán local muy antiguo decía: *los de arriba al pinar y los de abajo a la mar*. Estos primeros pescadores complementaban las faenas de la tierra con la pesca profesional, a tiempo parcial. Los más antiguos que conocemos son Juan Miguel Valencia (1865-1939) y Alonso Sánchez Rodríguez (1880-1943) e hijos, casi todos de Los Espinos. Fueron los primeros pasos de una pesca profesional a mayor escala, junto a la actividad temporera de pescadores de Las Nieves de Agaete.

Unos años antes de la Primera Guerra Mundial comenzó a establecerse por largos períodos de tiempo, en las playas de La Aldea y Guguy un matrimonio del puerto de Las Nieves compuesto por Cristóbal Martín

Rodríguez (1859?-1956) y Dolores Arbelo Martín (1862-1958) conocidos por *Padre Julio* y *Seña Dolores*. Años después, a mediados de los veinte, fijaron su residencia, ya de forma definitiva, con sus hijos solteros, en La Playa de La Aldea. Se asentaron en la misma orilla del mar en humildes chozas de muros de piedra y techumbre de torta de barro y paja, en posesión precaria, ya que toda esta zona desde el Charco era del Cortijo de Los Caserones y venía siendo reclamada por su propietario Pancho Díaz; pero perdió un largo pleito con el Ayuntamiento.

En el primer censo parroquial de población del siglo XX al que hemos tenido acceso, el de 1928-1929, ya se contabiliza en la playa a esta familia que en Agaete había tenido 8 hijos (5 varones y 3 hembras) y que en La Aldea, en aquel momento censaban a los cuatro solteros: Lolita, entonces con 18 años; Francisco, con 16; Agustín, con 15, y, la más pequeña, Brígida, con 13 años.

En la medida que van pasando los años treinta y cuarenta, los hijos que tenían casados en Agaete se fueron estableciendo aquí en La Playa o en el interior del valle (Conchita, casada con Juan Armas o Cristóbal, casado con Eufemia) además de casarse los solteros y tener muchos nietos. Y así, con el tiempo, hasta la actualidad (ya no vive ninguno de la primera generación), han llegado con sus tataranietos a conformar una prolífica descendencia de más de 200 miembros.

Esta primera generación de marineros profesionales y sus hijos carecían de falúas a motor. A golpe de remo atravesaban casi siempre un viento en contra, un mar bravío de sotavento a barlovento con el riesgo de perder la vida. O se adentraban con sus velas al interior de la mar con la única brújula de "las marcas" (un sistema de puntos de referencia en la costa para orientarse en la mar en la búsqueda de bajones de pesca), unos conocimientos empíricos de la sabiduría popular, tan comunes en Canarias y Madeira, que se transmitían de padres a hijos, que los GPS, van a hacer olvidar.

Las mujeres de estos primeros pescadores comercializaban el "pescado vivito" valle arriba, con baños a la cabeza a plena voz, estampa ya desaparecida. Destacamos el curioso cliché, ya en los años cincuenta, nonagenaria, de *Seña Dolores* con su burra cargada de pescado y sus operaciones matemáticas con símbolos primarios a lápiz, con pequeñas

piedras de distinto tamaño y millos, al igual que sus hijas, nueras y nietas. Incluso llegó a poner una pequeña tienda de aceite y vinagre en el Almacén de El Muelle.

Estas mujeres de los primeros pescadores pasaron muchas necesidades para criar a sus hijos, frente al hambre y miserias, en aquellas casitas de piedra y barro, en los años de la posguerra. Lo que no se debe olvidar. El nombre de estas calles tan impersonales como Varadero o Gabarra, claman su sustitución por *Seña Dolores Arbelo* (la principal) y *Cristóbal Martín, padre Julio*, la transversal, y continuar con otros nombres propios que merecedores del recuerdo, que los hay.

Pero no sólo marineros-pescadores de Agaete fueron los repobladores de esta costa en los años veinte. Casi al mismo tiempo que los Martín Arbelo, se estableció en Los Caserones la familia de Francisco Díaz González, casado con Jesús Ramos Rivero, de 65 y 56 años respectivamente en aquel censo de 1929. Procedían de El Carrizal de Tejeda. Con los ahorros acumulados en Cuba con el sudor de este y de varios de sus hijos, en el corte de la caña dulce, adquirieron en el cortijo de La Hoya del Caiderillo-Los Caserones, de más de 300 fanegadas. Aquella primera familia de Los Caserones la componían en principio dos casas, la de Pancho Díaz, con su esposa e hijos Felipito, Panchito (mi tío), Matildita, Dolorcita, Abrahán y Pepito y la de Rafaelito, hijo también, casado con su tía Carmita Díaz González, conocida más tarde con el nombre de *Carmita la Negra*, para diferenciarla de la otra Carmen Díaz, esposa de Felipito, *Carmita la Canela*, distintivos colores de sus trajes, porque antes las mujeres cuando enviudaban se quedaban de luto para siempre o cumplían promesas a la Virgen del Carmen vistiendo de color canelo.

En definitiva, al finalizar los años 20, en La Playa y Los Caserones, por primera vez en quinientos años, ya vivían los primeros repobladores de residencia fija, concretamente 16 habitantes, cuando en tiempos de los canarios habitaban unas dos mil personas si había, como contó Grau Bassas en 1880, más de ochocientas casas de piedra.

En la década de 1930 se establece en La Playa alguna familia más, como la de Mabel Quesada y mano Juan Rodríguez, que instalan en la caseta del muelle una pequeña cantina y más tarde su hijo Luis pone una pequeña

tienda en La Cueva de Pancho Díaz. En este tiempo llegan otras familias de la rama de Señá Dolores, como Conchita, casada con Armas, o los demás hijos que se casan y fijan su residencia aquí, como ya les indiqué. Casi todos ellos, de la primera generación de La Playa y Los Caserones, se casaron con miembros de la misma familia, con lo que conformaron, en uno y otros casos, círculos familiares cerrados que se vienen a abrir e integrarse en la sociedad local según avanzaba la segunda mitad del siglo XX, hasta la actualidad, en que tal integración es absoluta.

Por esta época, la otra banda del barranco, Las Bandillas-La Marciéga y El Roque, también comenzó a repoblarse. Hacia 1925-1928, vivía en El Roque la larga familia de Manuel Segura y María Ramírez con 9 hijos; la de Santiago Ramírez y María García, con 6 hijos; y, la de cho Damián Valencia, el célebre brujo, el más viejo de toda la población, con 71 años, casado en segundas nupcias y viviendo con él, el hijo soltero, Salustiano. Poco más arriba, en La Atalayilla, estaba la casa Pedro Segura y Eulogia Espino, con sus cinco hijos aún solteros y ya en La Marciéga Alta, la familia de los Suárez Suárez, con todos los hijos solteros aún; la de Pepito Sosa y esposa con 7 hijos -aún no había nacido Antonio Sosa- y la de Abrahamito Ramos con 6 miembros.

De todo este más de medio centenar de vecinos que por primera vez en los años veinte habían fijado su residencia definitiva en esta zona, sólo viven tres que por ahora sepamos: Caridad la de Pedro Segura y los hermanos Pepe y Jacinto Ramos.

Pero según entran los años treinta y avanzan los cuarenta, como ya les expliqué anteriormente, con el desarrollo de los cultivos de tomates y de caña dulce para la fábrica de ron y el tráfico marítimo del muelle, esta zona de La Playa a La Marciéga, experimenta una verdadera explosión demográfica. En La Marciéga Baja y El Roque se establecieron otras familias, como los Medina Saavedra, los León Saavedra, los Benítez, los de Guayedra... En el Alambique, los Vega y los Melián. Y así otros más por toda esa Marciéga y Manantiales (los Rodríguez, los Valencia, los León de Cirilita; los Moreno, don Rafael *Pistolera*, Rodríguez de *Pilato*, Ojeda, Eladia, etc. etc. en Los Manantiales), imposibles de precisarlas todas, en este corto espacio de tiempo de un pregón, donde sólo nos hemos centrado en los primeros pobladores de los años veinte y principios de los treinta del siglo pasado de la zona más cercana al mar.

No obstante quisiera hacer una mención a un vecino de Artenara que se establece con toda su familia, a finales de los años 50, en La Marciega Baja, en las Bandillas concretamente, al lado de la casa del que más tarde sería mi inolvidable e instruido vecino don Pedro León Saavedra. Me refiero a Antonio Medina, *Bienvenido*, que hacia 1958-1959, adquiere un viejo coche, modelo de los años 20, para el transporte de viajeros. En aquella época, aún se mantenía la costumbre de contar hechos y anécdotas sociales con coplillas y versos. Y como quiera que el hecho representara una gran novedad y buena noticia, pues se necesitaba un servicio de transporte de pasajeros, la coplilla, la recuerdo con toda precisión, decía así:

*Bienvenido bien está,  
vecino de Pedro Chas,  
se compró un cochito  
para la gente pasear.*

Y así fue como desde la Playa se articuló un servicio de transporte público, que al poco tiempo mejoró con la adquisición de una guagua londinense, marca Seddon, a la que luego siguieron otras y un servicio de restaurante, el *Bar Playa*. Quienes nos dábamos largas caminatas al pueblo una o dos o tres veces al día, quedamos muy agradecidos con aquel servicio promovido por Antoñito *Bienvenido* e hijos.

No hay tiempo para hablar de más nombres propios, se quedan tantos atrás. Podría contarles mil anécdotas de la gente de La Playa, de Los Caserones, de la Marciega, lugar donde nací y del que tengo gratísimos recuerdos de la casa de mi tía Felipa, hoy con los ochenta años muy avanzados e incluso tengo la difusa imagen de mi tío Luis sobre su bicicleta verde, que falleció cuando yo tenía tres años.

\* \* \*

### **El Futuro ¿Hay futuro, qué futuro?**

Queridos y queridas vecinas la justificación histórica del pregón acaba.

Qué podríamos pregonar para el futuro.

No tenemos poderes sobrenaturales para predicciones, como se le achacaba aquel célebre vecino de El Roque, cho Damián Valencia, del que decía que brujo era; aunque, hay elementos actuales para el análisis, en base

a los hechos y al sentido común.

En 2005, un pregonero de estas fiestas de La Playa, el señor Bueno, consejero del Cabildo de Agricultura y Pesca, les advertía sobre la obligación de controlar los recursos y señaló el uso abusivo que ha tenido el litoral canario, traducido en fuertes impactos ambientales, algunos de carácter irreversible con la progresiva desaparición de la fauna marina. Señalaba, con acierto, como males, la pesca incontrolada, la descarga de emisarios submarinos con elementos muy contaminantes, los vertidos de basuras y escombros, el desarrollo incontrolado de la ocupación urbana del litoral...

Nadie en concreto es culpable pero sí lo somos todos los que conformamos esta generación. Nuestros fondos marinos, según auguran los especialistas, dentro de 30 ó 40 años, tendrán poca vida y por tanto se acabarán los pescadores, recurriéndose a criaderos artificiales. Y si para la tierra se dice la máxima oriental de *que No la heredamos de nuestros padres sino la tomamos prestada para nuestros hijos*, del mar hay que decir lo mismo.

Pero quisiera pregonar desde un enfoque esperanzador. Deseo pregonar de todo corazón prosperidad para todos ustedes, en un desarrollo más sostenido con respeto al entorno marino y la actualización tecnológica adecuada y controlada, con una juventud preparada profesionalmente y con conciencia de buen pescador, para que esas predicciones negativas que dan los científicos del mar para el futuro próximos no se cumplan y siga habiendo pescadores. Qué el desarrollo urbano proyectado se haga con la máxima cautela, sin deformar sino integrar lo nuevo dentro del entorno natural, que ese Parador se transforme en un centro de interpretación histórica del mundo aborígen, de la historia marinera, la historia militar y de los valores naturales, que el viejo Alambique se adquiera por los organismos públicos a un precio justo y en el se recupere nuevamente su antigua función como ecomuseo.

Y en cuanto a la Fiesta de 2007, pocos pero profundos mensajes quisiera transmitirles:

\* Una Fiesta emocional, como aquellas de los años sesenta con gran derroche de alegría; una fiesta cargada de devoción a la patrona de los mares, cuyo himno tantas veces canté como marinero en el servicio militar, primero en el puerto de Cartagena y luego en el Arsenal de Las Palmas.

\* Una Fiesta sencilla. Las Fiestas de barrios deben responder a objetivos claros, sin necesidad de largos programas; aunque lo corto debe ser intenso, bien organizado, participativo, donde todos arrimen el hombro, calculando que hoy están unos en la comisión y mañana están otros. Los errores que se comenten no deben transformarse en críticas aceradas y destructivas, sino de análisis y reflexión para que las fiestas siguientes sean mejores.

Queridos vecinas y vecinos de la Playa de La Aldea, su fiesta de la Virgen del Carmen está pregonada, con el máximo cariño y afecto, con esas ideas que les he venido detallando desde los antecedentes históricos a las perspectivas del futuro.

Sean felices estos días, reciban a los visitantes como siempre lo han hecho con los brazos abiertos. Disfruten al máximo como lo hacían sus abuelos, padres y demás familias que han desaparecido, algunos recientemente, y que su halo, su recuerdo, esté siempre presente.

Muchas gracias y a divertirse.

*Francisco Suárez Moreno, cronista oficial de La Aldea de San Nicolás.*